

PROCESO PSICOANALÍTICO Y RELACIONES OBJETALES⁽¹⁾.



Juan Tubert-Oklander⁽²⁾

RESUMEN

La teoría de las relaciones objetales puede verse, según como la definamos, como un capítulo de la teoría psicoanalítica freudiana o como una de las versiones contrastantes de la teoría psicoanalítica que existen en la actualidad. La posición del autor se ubica en la segunda línea de pensamiento, ya que cuestiona la hipótesis de que las pulsiones impersonales a la búsqueda de descarga tensional constituyen el principal -o tal vez el único- sistema motivacional del ser humano. La teoría de las relaciones objetales plantea la existencia de una necesidad primaria de objetos, que no puede reducirse a la búsqueda del placer.

Si uno acepta la existencia de esta búsqueda primaria de relaciones, esto cambia nuestra comprensión del proceso psicoanalítico. El trabajo describe, brevemente, cómo puede verse este proceso a partir de una concepción que privilegia el vínculo analítico como factor terapéutico fundamental.

La teoría de las relaciones objetales puede verse, según como la definamos, como un capítulo de la teoría psicoanalítica freudiana, o como una de las versiones contrastantes de la teoría psicoanalítica que existen en la actualidad (Kernberg, 1976). Mi propia perspectiva se ubica en la segunda línea de pensamiento, por lo que dejaré de lado las consideraciones referentes al concepto de objeto en la obra de Freud. En particular, el concepto de “objeto de la pulsión” poco o nada tiene que ver con la forma en que se concibe al objeto en la teoría de las relaciones objetales.

El objeto de la pulsión es aquella entidad -ya sea externa al cuerpo del sujeto o parte del mismo- que permite la descarga de tensión pulsional, generadora de placer, a través de una conducta consumatoria que constituye el “fin” de la pulsión. En este contexto, el objeto es el elemento más variable de la dinámica pulsional, ya que es infinitamente reemplazable (Freud, 1915).

En cambio, cuando hablamos de objeto en la teoría de las relaciones objetales nos estamos refiriendo siempre a un “objeto humano”, es decir, a una persona, una parte de una persona, o una imagen más o menos distorsionada de éstas. Aquí el objeto deja de ser impersonal y reemplazable, para volverse intensamente personal. No es el objeto de una pulsión, un mero requisito para la obtención del placer, sino un objeto de amor o de odio, que el yo busca para encontrar respuesta a su necesidad de relación. Y, una vez encontrado, estos sentimientos quedan tan ligados a ese objeto específico, que sólo a través de un duro y difícil trabajo de duelo podrá abandonarlo y volver a colocarse en las condiciones que permitirían una nueva elección.

Esta concepción se origina también, desde luego, en la obra de Freud, particularmente en “Duelo y

1.- Versión ampliada del trabajo libre presentado en el XXXV Congreso Nacional de Psicoanálisis “El proceso analítico”. San Miguel de Allende, Gto., 31 de octubre a 2 de noviembre de 1996. Publicado en Cuadernos de Psicoanálisis, 1997, 30 (1-2): 33-41.

2.- Autor: Médico psicoanalista, psicoanalista de niños y adolescentes y analista de grupo. Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Mexicana y didacta de su Instituto. Domicilio: Magisterio Nacional 2-B, Colonia Tlalpan Centro, 14000 México D. F., México. Teléfono-Fax: 52 5 513 0786.

melancolía” (Freud, 1917) y “El yo y el ello” (Freud, 1923). Recuerdo que un analista brasileño me dijo, en una ocasión, que “La metapsicología se murió con ‘Duelo y melancolía’, ¡y todavía la estamos duelando!”. Por otra parte, también en “Los instintos y sus destinos” (Freud, 1915) encontramos un detallado argumento para demostrar que el amor y el odio no son en absoluto pulsiones, sino expresiones de “la relación del yo total con sus objetos”.

Una forma de definir la teoría de las relaciones objetales es afirmar que ésta pretende dar cuenta de cómo la experiencia de la relación con los objetos genera organizaciones internas perdurables de la mente. En otras palabras, se trata del desarrollo, hasta sus últimas consecuencias, de la hipótesis de que las estructuras psíquicas se originan en la internalización de las experiencias de relación con los objetos. Existe, desde luego, una interacción entre la internalización de las experiencias de relación, por una parte, y la actualización de las estructuras relacionales internalizadas, encarnándose en nuevas relaciones, que a su vez serán internalizadas. En consecuencia, la vida de relación toma la forma de un proceso circular, semejante a los descritos por los teóricos de los sistemas generales (Bateson, 1972; Foerster, 1991).

Como puede apreciarse, esta teoría permitiría integrar, en forma armoniosa, los elementos “internos” y “externos” de la experiencia humana, ya que investiga y conceptualiza la influencia de las relaciones interpersonales “externas” sobre la organización de las estructuras mentales “internas”, así como la forma en que estas últimas determinan las nuevas relaciones interpersonales que se establecen posteriormente.

Sin embargo, la antigua discusión sobre lo “interno” y lo “externo” continúa siendo una importante fuente de conflicto en psicoanálisis. En la medida en que nuestra tradición ubica el origen oficial del psicoanálisis en el abandono de la mal llamada “teoría de la seducción”, esto ha sido el origen del prejuicio que afirma que toda muestra de interés por los factores “externos” simplemente “no es psicoanálisis” (Tubert-Oklander, 1994). Éste fue el principal motivo del violento rechazo padecido por Sándor Ferenczi cuando pretendió reformular el problema teórico-clínico del efecto estructurante de las experiencias reales de maltrato vividas por los niños (Masson, 1984).

A partir de ese momento, el desarrollo de la teoría de las relaciones objetales se bifurcó en dos corrientes. La primera de ellas, iniciada por Karl Abraham (1924) y posteriormente desarrollada por Melanie Klein y su escuela (Klein, 1932; Klein, et al., 1952), enfatiza la determinación pulsional de la experiencia de la relación con el objeto y concentra su atención en el objeto interno y su efecto determinante sobre la vida posterior del sujeto. La segunda, que proviene de la obra de Sándor Ferenczi (1955, 1985), y se continúa con la de Michael Balint (1965, 1968), Donald W. Winnicott (1958, 1965, 1971), M. Masud R. Khan (1974, 1979, 1988), W. Ronald Fairbairn (1952), Harry Guntrip (1961, 1968, 1971), Charles Rycroft (1966, 1968, 1979), Marjorie Brieley (1951) y otros autores de la llamada “escuela británica”, así como también con la de Erik Homburger Erikson (1950, 1968, 1987) y, más recientemente, con la “psicología del self” de Heinz Kohut (1971, 1977, 1984), enfatiza el efecto estructurante que la relación real con el objeto y con el entorno cultural tiene sobre el psiquismo. Otto Kernberg (1976), por su parte, intenta integrar ambas versiones en una visión más sistémica de la interacción entre sujeto y objeto, entre lo interno y lo externo.

Todo lo anterior determina formas bien diferentes de concebir la naturaleza, objetivos y curso del proceso analítico. Denominaré “teoría de las relaciones de objeto”, en el contexto de esta discusión, a aquella línea de pensamiento que proviene de las propuestas originales de Freud en “Duelo y melancolía” (1917) y “El yo y el ello” (1923), pasando a través de las contribuciones pioneras de Ferenczi, para desembocar en las del “grupo intermedio” británico, de Erik Erikson y de la “psicología del self” de Kohut y su escuela. Esta visión destaca la importancia de la matriz interpersonal y social de la que se nutre y en la que crece la organización de la vida psíquica del individuo. Esto por oposición al “psicoanálisis freudiano clásico” -al que considero una versión unilateral y empobrecida del complejo universo abierto por la obra de Freud- y la “teoría de la fantasía inconsciente” de Klein y sus discípulos, con su énfasis en los determinantes exclusivamente intrapsíquicos y pulsionales.

La teoría de las relaciones objetales rompe desde un comienzo con la teoría de las pulsiones al destacar otras motivaciones del ser humano, no relacionadas con la búsqueda del placer impersonal, sino con las necesidades de relación, altamente personales. Es por eso que Fairbairn afirmó que “la libido es esencialmente

buscadora de objetos” (pág. 163) y no de placer. En la misma línea, Winnicott (1960) distinguió entre las “necesidades del ello”, es decir, los deseos pulsionales, y las “necesidades del yo”. De estas últimas afirmó que no es adecuado decir que se gratifican o se frustran, ya que nada tienen que ver con la búsqueda del placer como descarga, sino que simplemente encuentran respuesta en el objeto, o no la encuentran. Estas necesidades incluyen anhelos tales como el de ser visto, reconocido o comprendido, o el de compartir la propia experiencia subjetiva con otro ser humano. Cuando éstas no encuentran respuesta, la reacción emocional del sujeto no es de frustración, sino de vacío y desesperanza. Cuando sí la encuentran, lo que surge no es una experiencia de placer sino de armonía y plenitud.

El reconocer la importancia esencial de estas necesidades de relación objetal no supone en absoluto ignorar la vigencia de los deseos pulsionales -sexuales y agresivos. Estos existen, indudablemente, pero en condiciones normales sólo se manifiestan en el contexto de relaciones altamente personales. En ello, la norma es el deseo sexual como parte del amor objetal, y el deseo agresivo como parte del odio objetal, ambos indisociables de las personas a quienes se dirigen. La lujuria y la ira impersonales sólo se manifiestan en situaciones de descomposición de la integridad de la personalidad, que permiten la operación de esos mecanismos disociados de búsqueda del placer a los que Freud denominara “pulsiones” (Kohut, 1981).

A partir de estas consideraciones, el proceso analítico ya no puede concebirse como organizado alrededor del “hacer consciente lo inconsciente”, sino en términos de una evolución progresiva del vínculo personal que se establece entre el paciente y el analista. La estrategia básica del tratamiento consistiría en la resolución de los fenómenos de transferencia-contratransferencia y de resistencia que obstaculizan el logro de un encuentro humano pleno, novedoso, creativo y mutuamente empático entre ambos participantes en la experiencia. Y dicho encuentro constituye el principal factor curativo de todo este intercambio (Tubert-Oklender, 1981, 1994; Hernández de Tubert, 1995, 1996).

El vínculo analítico oscila, como todas las relaciones humanas, entre los polos representados por la objetivación del otro, tomado como un “objeto” a conocer, explicar, manejar o explotar, y el encuentro intersubjetivo. Los pacientes llegan a tratamiento porque, en su vida emocional, las relaciones se han deshumanizado, objetivándose, al punto de que llegan a tratar a los demás seres humanos como “cosas” a ser utilizadas para su propia conveniencia o placer. Esta degradación de las relaciones alcanza también al medio ambiente no humano (Searles, 1960), que pasa a revestir características inanimadas, y al propio ser, que se despersonaliza y desvitaliza, llegando a tornarse, en algunas de las patologías más graves, en una grotesca caricatura mecánica de un ser humano (Tustin, 1972, 1981, 1986, 1990). Lo mismo ocurre con la historia, que pierde su vitalidad, transformándose en un pasado muerto, solo susceptible de actuar como una “causa” mecánica e impersonal de un presente absolutamente predeterminado.

Así como no se tomaban como ciertas las proféticas palabras de Casandra, también se descrece de las veraces denuncias que las Katharinas y las Rosalías hacen contra sus padres abusadores. Aunque Casandra hablara del futuro Ésta es precisamente la situación que debe resolverse en el curso del tratamiento analítico. A tal fin, el analista debe maniobrar para resolver las múltiples trampas relacionales que mecanizan y estereotipan el vínculo, deshumanizándolo e impidiendo aquel encuentro que reavivaría ese mundo muerto en el que se debate el paciente. A esto lo llamamos el “análisis de la transferencia”, si bien resultaría mucho más adecuado denominarlo “análisis de la transferencia-contratransferencia” (Racker, 1960; Baranger y Baranger, 1969).

El diálogo analítico comienza como un encuentro entre dos extraños, que sólo pueden percibirse como “objetos” a conocer y sobre los cuales habrá que operar, en formas más o menos racionales. Éste es el momento de máxima objetivación del otro, en el cual éste sólo puede ser explicado, pero no comprendido (Jaspers, 1946). Esta situación pronto da lugar al mutuo involucramiento de la transferencia-contratransferencia. En ese momento, el analista se encuentra con que el paciente, al igual que él mismo, si bien no son extraños tampoco le resultan totalmente comprensibles, ya que existen importantes áreas de su experiencia mutua que han sido secuestradas de la relación, operando desde lo inconsciente. De esta nueva situación busca rescatarse por medio de la interpretación. Esta última es una operación intelectual -mucho menos objetivante y despersonalizada que la explicación- que media entre estas dos personas que no han

podido todavía encontrarse, actuando a la manera de un puente que los une y los separa a la vez, pasando por encima del abismo de su mutuo extrañamiento. En esta circunstancia, el paciente ya no se nos presenta con un ente impersonal a ser explicado en términos causales, ya que su presencia y su accionar nos han herido en lo más profundo de nuestra intimidad, tornando personal la relación. Sin embargo nuestras mutuas defensas nos tornan todavía extraños el uno para el otro. Es en esta paradójica situación de ser a la vez objetos totalmente ajenos y personas intensamente comprometidas en lo emocional que debemos recurrir a la interpretación, como la única forma de reunir estas dos visiones incompatibles en un todo armonioso (Tubert-Oklander, 1994). Cuando tenemos éxito, logramos pasar, tal vez sólo por breves momentos, a un nuevo entendimiento intersubjetivo, en el que el otro se torna nuestro semejante y en el que logramos comprenderlo empáticamente, sin que medie operación intelectual alguna, ni explicativa ni interpretativa. Esto constituye una nueva vía para el conocimiento del ser humano, a la que Kohut (1981) denominara la “inmersión empática total”.

Pero estos breves encuentros pronto ceden su lugar a nuevos momentos de extrañamiento, en los que tendremos que lidiar, con todos nuestros recursos, para recuperar el contacto con ese desconocido que tenemos enfrente. Y así volveremos a explicar, hasta que nos encontremos en condiciones de interpretar, e interpretaremos una y otra vez, hasta que la repentina comprensión torne innecesarias todas estas operaciones. El proceso se desarrolla así como una espiral progresiva, en la cual cada vuelta del ciclo nos acerca un poco más a ese intercambio pleno, novedoso y creativo que denominamos la “relación real” (Greenson, 1967; Tubert-Oklander, 1991). De esta forma van cediendo los aspectos repetitivos y estereotipados de la relación, iluminando los rincones más oscuros de la experiencia de ambos y revitalizando aquellas áreas muertas e inanimadas que transforman al paciente en una especie de autómatas causalmente determinados. Entonces el pasado y el presente cobran una nueva vida, abriendo el camino para un futuro difícil e indeterminado, pero pleno de esperanzas. Éste es el momento en el que paciente y analista comienzan, paradójicamente, a pensar en su separación.

A lo largo de todo este proceso, la relación del paciente con su familia, amigos, enemigos, vecinos y compañeros de trabajo ha sufrido también un proceso de reanimación, revitalización y rehumanización (Solís Garza, 1981; Tubert-Oklander, 1987, 1996). Lo mismo ha ocurrido con sus relaciones consigo mismo, con su cuerpo, con la comida, con sus necesidades físicas y emocionales, con el trabajo, con la sociedad y con su entorno físico y ecológico. Si esta evolución ha resultado exitosa, ya no le resultará posible deteriorar impunemente el medio ambiente, actuar en formas deshonestas o abusivas con sus semejantes, explotarlos en el terreno sexual, agresivo, económico o narcisista, o aceptar pasivamente unas condiciones de vida inadecuadas o un trabajo enajenante. En otras palabras, se habrá convertido en una mejor persona, si bien esto no deja de provocarle problemas, ya que se encuentra ahora mucho menos adaptado a un medio poco adecuado para la existencia humana. Pero allí donde acaba la adaptación pasiva a la realidad, se inicia el largo y difícil camino de la adaptación activa, a través de acciones transformadoras de ese entorno inhóspito. Camino que no es fácil ni agradable, y que implica una larga lucha y un arduo trabajo pero, al fin y al cabo, ¿no es ésta, acaso, la esencia de la vida humana?

Espero haber logrado transmitir, en esta breve comunicación, algunos de los aspectos esenciales de la forma en que concibo el desarrollo de un proceso analítico, en el contexto de esa particular concepción del ser humano a la que denominamos “teoría de las relaciones objetales”. Confío en que esta particular versión de lo que hacemos en nuestro trabajo clínico cotidiano, nos dé la oportunidad de abrir una enriquecedora y vital discusión acerca de cómo concebimos nuestra profesión.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, K. (1924): “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales.” En *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé, 1959, págs. 319-381.
- Balint, M. (1968): *The Basic Fault. Therapeutic Aspects of Regression*. Nueva York: Brunner/Mazel, 1979.
- (1952): *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. Nueva York: Liveright, segunda edición corregida y aumentada, 1965.

- Baranger, M. & Baranger, W. (1961-1962): "La situación analítica como campo dinámico." En Baranger, W. y Baranger, M.: Problemas del campo psicoanalítico. Buenos Aires: Kargieman, 1969, págs. 129-164.
- ; Baranger, W. & Mom, J. (1978): "Patología de la transferencia y contratransferencia en el psicoanálisis actual." En Psicoanálisis actual. Carácter. Transferencia y contratransferencia. Fantasía y realidad. Actas del XII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana, 1978, págs. 457-465.
- Bateson, G. (1972): Steps to an Ecology of Mind. Nueva York, Ballantine Books, 1972. [Traducción castellana: Pasos hacia una ecología de la mente. Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1976.]
- (1979): Mind and Nature. A Necessary Unit. Nueva York: Bantam. [Traducción castellana: Espíritu y naturaleza.. Buenos Aires: Amorrortu.]
- Brieley, M. (1951): Trends in Psycho-Analysis. Londres: The Hogarth Press.
- Erikson, E. H. (1950): Childhood and Society. Londres: Paladin, 1987. [Traducción castellana: Infancia y sociedad. Buenos Aires: Hormé, 1978.]
- (1968): Identidad: juventud y crisis. Madrid: Taurus, 1989.
- (1987): Un modo de ver las cosas. Escritos selectos de 1930 a 1980. (Compilador: Stephen Schein.) México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Fairbairn, W. R. D. (1952): Estudio psicoanalítico de la personalidad. Buenos Aires: Hormé, 1970.
- Ferenczi, S. (1955): Problemas y métodos del psicoanálisis. Buenos Aires: Hormé, 1966.
- (1985): Diario clínico. Buenos Aires: Conjetural, 1988.
- Foerster, H. von (1991): Las semillas de la cibernética. Obras escogidas. (Editado by Marcelo Packman.) Barcelona: Gedisa.
- Freud, S. (1915): "Los instintos y sus destinos." En Obras completas (Tomo II). Madrid: Biblioteca Nueva, 1981 (4a. edición), págs. 2039-2052.
- (1917): "Duelo y melancolía." En Obras completas (Tomo II), págs. 2091-2101.
- (1923): "El 'yo' y el 'ello'." En Obras Completas (Tomo III), págs. 2701- 2728.
- Greenson, R. R. (1967): Teoría y práctica del psicoanálisis. México: Siglo Veintiuno, 1980.
- Guntrip, H. (1961): Estructura de la personalidad e interacción humana. Buenos Aires: Paidós, 1971.
- (1968): Schizoid Phenomena, Object Relations, and the Self. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- (1971): El self en la teoría y la terapia psicoanalíticas. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- Hernández de Tubert, R. (1995): "Aspectos terapéuticos de la regresión." Revista de Psicoanálisis, 1995, 52 (2): 483-517.
- (1996): "¿Es terapéutica la regresión analítica?" Trabajo presentado en el XXXV Congreso Nacional de Psicoanálisis "El proceso analítico", en la mesa sobre "La regresión en el proceso analítico". San Miguel de Allende, Gto., 31 de octubre a 2 de noviembre de 1996. Publicado en Vives, J. (comp.): El proceso psicoanalítico. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana/Plaza y Valdés, 1997, págs. 115-125.
- Jaspers, K. (1946): Psicopatología general (quinta edición). México: Fondo de Cultura Económica, 1973 (segunda edición en español).
- Kernberg, O. (1976): La teoría de las relaciones de objeto y el psicoanálisis clínico. Buenos Aires: Paidós, 1979.
- Khan, M. M. R. (1974): The Privacy of the Self. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- (1979): Alienación en las perversiones. Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.
- (1988): Cuando llegue la primavera. Tomas de conciencia en el psicoanálisis clínico. Buenos Aires: Paidós, 1991.

- Klein, M. (1932): *The Psycho-Analysis of Children*. Nueva York: Delta, 1975. [Traducción castellana: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé, 1964.]
- ; Heimann, P.; Isaacs, S. & Riviere, J. (1952): *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1967.
- Kohut, H. (1971): *El análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- (1977): *La restauración del sí-mismo*. Barcelona: Paidós, 1980.
- (1981): "Introspection, empathy, and the semicircle of mental health." En *The Search for the Self, Selected Writings of Heinz Kohut: 1978-1981, Vol IV*, ed. Paul Ornstein. Madison: International Universities Press, 1990, págs. 537-567.
- (1984): *¿Cómo cura el análisis?* Buenos Aires: Paidós, 1986.
- Masson, J. M. (1984): *The Assault on Truth*. Londres: Fontana, 1992.
- Racker, H. (1960): *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 1979.
- Rycroft, C. (ed.) (1966): *Psychoanalysis Observed*. Harmondsworth: Penguin, 1966.
- (1968): *Imagination and Reality*. Nueva York: International Universities Press.
- (1979): *The Innocence of Dreams*. Londres: The Hogarth Press, 1991.
- Searles, H. F. (1960): *The Nonhuman Environment*. In *Normal Development and Schizophrenia*. Nueva York: International Universities Press.
- (1965): *Collected Papers on Schizophrenia and Related Subjects*. Nueva York: International Universities Press.
- (1986): *My Work with Borderline Patients*. Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- Solís Garza, H. (1981): "Terminación del análisis." *Cuadernos de Psicoanálisis*, 14 (1-4): 65-141.
- Tubert-Oklander, J. (1987): "Sobre los fenómenos postanalíticos: ¿qué es lo que ocurre después de que cae el telón?" *Psicoanálisis*, 1989, 11 (3): 473-487.
- (1991): "¿Es realmente terapéutica la relación con el analista?" *Jornada Psicoanalítica*, 1991, 3 (2): 1-14.
- (1994): "Las funciones de la interpretación." *Revista de Psicoanálisis*, 1994, 51 (3): 515-544.
- (1996): "El postanálisis: una fase fundamental del proceso analítico." Trabajo presentado en el XXXV Congreso Nacional de Psicoanálisis "El proceso analítico", en la mesa sobre "La terminación del proceso analítico". San Miguel de Allende, Gto., 31 de octubre a 2 de noviembre de 1996. Publicado en Vives, J. (comp.) (1997): *El proceso psicoanalítico*. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana/Plaza y Valdés, 1997, págs. 305-320.
- & Hernández de Tubert, R. (1995): "Insight y curación." Trabajo científico individual presentado en el 39o Congreso Internacional de Psicoanálisis. San Francisco, Cal., 30 de julio a 4 de agosto de 1995.
- Tustin, F. (1972): *Autism and Childhood Psychosis*. Londres: Karnac, 1995. [Traducción castellana: *Autismo y psicosis infantiles*. Buenos Aires: Paidós, 1977.]
- (1981): *Autistic States in Children* (edición revisada). Londres: Tavistock/Routledge, 1992. [Traducción castellana: *Estados autísticos en los niños*. Buenos Aires: Paidós, 1987.]
- (1986): *Autistic Barriers in Neurotic Patients*. Londres: Karnac, 1994. [Traducción castellana: *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.]
- (1990): *The Protective Shell in Children and Adults*. Londres: Karnac, 1992. [Traducción castellana: *El cascarón protector en niños y adultos*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.]
- Winnicott, D. W. (1956): "Primary maternal preoccupation." En Winnicott (1958), págs. 300-305. [Traducción castellana: "Preocupación maternal primaria." En Winnicott (1958), págs. 405-412.]
- (1958): *Through Paediatrics to Psycho-Analysis*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1978. [Traducción castellana: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1981.]
- (1960): "Ego distortion in terms of true and false self." En Winnicott (1965), págs. 140-152. [Traducción castellana: "Diferenciación del ego en términos de un ser verdadero y falso." En Winnicott (1965), págs. 169-184.]

- (1965): *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1979. [Traducción castellana: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia, 1981.]
- (1971): *Playing and Reality*. Harmondsworth: Penguin. [Traducción castellana: *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 1982.]

(*) Versión ampliada del trabajo libre presentado en el XXXV Congreso Nacional de Psicoanálisis “El proceso analítico”. San Miguel de Allende, Gto., 31 de octubre a 2 de noviembre de 1996. Publicado en *Cuadernos de Psicoanálisis*, 1997, 30 (1-2): 33-41.

Publicado en la Revista nº 003

<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000093&a=Proceso-psicoanalitico-y-relaciones-objetales>

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 13-ex-39